

La pesca tradicional de Benitatxell.

La historia y las tradiciones de Benitatxell son tan antiguas como su nombre.

Y el pulpo, por mucho que se cobije a la sombra de su jardín, no podrá escapar de ellas.

Tan pronto tiene la cabeza sobre el lecho marino como la levanta y se pone a bailar, como si no pudieran encontrarlo. Deambula de aquí para allá, sin más órdenes que el instinto de caza o de defensa, coleccionista de conchas y caracolas con las que adornará la entrada de su refugio.

Es esa costumbre de vivir en guaridas estrechas y oscuras la que inspira la pesca artesanal del pulpo desde hace siglos.

La técnica del alcatruz o cadufo debió de nacer en el oriente del Mediterráneo porque ambos nombres son de origen árabe; probablemente, la introdujeron en la península Ibérica los mismos grupos que dieron nombre a la población.

Y aunque las costumbres actuales rondan otros orígenes, el fondo del mar recuerda a todos los que labraron su arena.

Los marineros de este puerto saben bien cómo usar esas vasijas y cómo tratar a sus efímeros inquilinos.

No es la única tradición que se conserva entre los hombres de este pueblo.

Las peñas que se asoman al mar en la comarca de la Marina Alta han sido, desde hace tiempo, el escenario de las llamadas *pesqueres de la mort*, artefactos rudimentarios que permiten acercarse a las honduras en las que la pesca es más abundante.

Dicen los cronistas que a principios del siglo xx, unas cien familias sobrevivían gracias a esas prácticas. Lo que no se cuenta es cuántos hombres desaparecieron entre las rocas y el agua.

El recorrido por el acantilado hasta la pesquera no se improvisaba. Cada chaval veía cómo lo hacía su padre y heredaba el derecho de pescar en un risco concreto, sin papeles ni notarios, pero sin disputas, con la fuerza que dan las costumbres del mar y la ética de quien se juega la vida para que los suyos puedan vivir. A menudo una *pesquera de la mort* era todo cuanto un hombre podía dejar a su hijo, pero ese derecho a morir pescando era respetado por todos.

Y el hijo iba a donde, a menudo, había muerto el padre. Revelarse contra el destino no figuraba entre los caminos de su vida, que no eran otros que los del acantilado.

La frágil arquitectura que parece soldada a la roca queda suspendida —como una balsa extraña— surcando el aire en vez del mar.

Y en el precipicio, el hombre gobierna su barca, aunque la anclen cuerdas en vez de cabos y la jarcia muerta sujete rocas en vez de palos.

De todas las maneras, el mar es lo que le salvará la vida o se la cobrará. Lo que no cambia es la sal que impregna la piel del pescador, el viento que lo empuja y el sol que le cae a plomo.

Es posible tomar alguna precaución, pero este no es oficio para pusilánimes.

Luego, todo es tirar la atarraya y esperar que el esfuerzo y el riesgo hayan valido la pena, aun sabiendo que nunca será mucha la recompensa.

Tras recoger la pesquera, tendrá que desandar el camino con el capazo a la espalda.

Los pies atentos a los cantos resbaladizos y el rostro dispuesto a parar los golpes de viento. Las manos encallecidas de agarrarse a las maromas y a las escalas. Y la esperanza siempre puesta en el mar y en las tradiciones que algunos hombres de Benitatxell todavía conocen.